

Los libros a la hoguera

En mayo de hace 75 años fueron quemados miles de libros considerados opuestos a la ideología nazi, en Alemania. La mayoría de aquellos autores censurados, escribe el autor, aún son leídos, mientras que los alemanes buscan olvidar a Hitler. **TEXTO: GUILLERMO FADANELLI**

Comencemos con una idea que se ha vuelto célebre: los libros son cartas que se envían a los amigos. ¿Quiénes son estos amigos? Los lectores que reciben estas cartas y se hallan dispuestos a ser seducidos o conmovidos por sus palabras. Las ideas o imágenes que contienen estos libros pueden crear acuerdos o disputas, pero son un medio para generar conocimiento y fortalecer el humanismo. Desde un sentido humanista prohibir la lectura de ciertas obras, oponerse a su circulación o perseguir a los escritores a causa de sus ideas es un acto impensable. El camino para una buena convivencia no es la prohibición de las obras, sino la seducción o el convencimiento. Los vicios e incluso también las virtudes no conocen fronteras, van de un lado a otro como

en su casa, las ideas corrompen la barbarie y los libros que cambian vidas tarde o temprano encuentran su camino. Así sucedió en Berlín (1933) cuando decenas de miles de libros fueron enviados a la hoguera por ser considerados opuestos a los principios fascistas de la Alemania nazi. Una buena parte de los autores censurados en aquel entonces continúa siendo leída, mientras que ahora los alemanes hacen todo lo posible por olvidar la dictadura de Hitler. Acaso los ciudadanos de esta nación intentan sepultar con su incesante laboriosidad los ideales que los llevaron a perder una guerra y a cometer un genocidio que es parte de la historia más absurda del siglo XX.

La quema de libros en la Bebelplatz fue un hecho real, pero también



ILUSTRACIÓN: DIEGO ÁLVAREZ

un acto simbólico. Obras de Heine, Freud, Tucholsky, Brecht, Zweig y tantos otros autores, científicos, filósofos, escritores, ardieron en la plaza pública como si de esa manera las ideas pudieran ser convertidas en humo y desaparecer para siempre de la mente de los alemanes. La sanidad intelectual y la eliminación de quienes pensaban diferente fueron constantes en la utopía nacionalsocialista: la conciencia del individuo intentó ser borrada por la conciencia de un Estado que no admitía en sus filas más que a personas que pensarán de la misma manera: La quema de los libros en mayo de 1933 se ha transformado con el tiempo en un mito que exalta justo las pasiones contrarias: la tolerancia, la lectura y un rechazo casi marcial a la prohibición de los libros. Estoy de acuerdo en alimentar este mito humanista, pero al mismo tiempo es evidente que si bien hoy los libros no arden en las plazas, el desprecio hacia ellos ha crecido de tal manera que incluso se llega a extrañar la importancia que los escritores y los filósofos tenían durante la década de los treinta en Alemania. Es preferible ser un autor maldito, que uno menospreciado por la población de su época. Así como Hitler pensaba que los judíos eran los inventores de la conciencia, así en las actuales democracias de mercado se cree que los libros son los responsables de una conciencia que no se manipula y por lo tanto se les confina al cuarto de los objetos sagrados donde sólo los sacerdotes y los ratones se pasean orgullosos.

Una moraleja

Cada aniversario de la quema de libros en Alemania se repite como sacra moraleja la frase de Heinrich Heine: "Donde se queman libros, se acaban quemando hombres". Heine tenía razón en cuanto a que la hoguera literaria fue el preámbulo a la muerte de los judíos y a la persecución de los oponentes al régimen nazi, pero también en estos tiempos que corren podemos sumarnos al poeta alemán para decir: "Donde se desprecian los libros, se termina

haciendo del hombre un ser sin atributos". Quemar libros es un acto arbitrario y contrario a toda razón, pero también lo es marginarlos de los medios y de la vida pública (una prueba es que los noticieros o periódicos masivos ocupan hoy nimios espacios para la cultura). Desde mi punto de vista, hacer esto es más efectivo que enviar los libros a las llamas. George Steiner, el filósofo francés y judío ha recitado en una conferencia las siguientes palabras, consecuencia justamente del miedo a que la buena literatura sea desterrada por la indiferencia de los dueños del mercado global: "La dignidad del *homo sapiens* es la realización de la sabiduría, la búsqueda del conocimiento desinteresado y la creación de la belleza. Ganar dinero e inundar nuestras vidas de unos bienes materiales cada vez más triviales es una pasión profundamente vulgar que nos deja vacíos".

Una pregunta adecuada para hacerse en relación a este tema es ¿hasta qué punto es tolerable la publicación de libros que se pronuncien contra la libertad o los derechos humanos? En varios países de Europa es un delito negar el holocausto y las legislaciones de muchos otros condenan la difamación. Sin embargo, un sólido número de aberraciones se publican en relación a esa inmundicia que se conoce en la actualidad como *mundo del espectáculo* y las tiendas de libros están plagadas de obras superficiales que buscan abordar precisamente al lector menos preparado: panfletos, dislates, retórica de mercaderes, biografías de seres sin importancia, alegatos políticos, todo esto colma los estantes de las tiendas de libros que apenas si dejan espacio para obras de calidad: ¿no es esto comparable a una quema de libros? En mi opinión es todavía peor. Quiero sumar a este dilema la convicción de que es precisamente la experiencia histórica, la reflexión y el respeto a las ideas del otro lo que hace imposible prohibir en nuestro tiempo la publicación de estas bagatelas. Nunca es conveniente la censura directa, sino la disuasión. A lo único que se puede

aludir para evitar desprecio semejante a los buenos libros es a la crítica, a la cultura y sobre todo a la práctica de un ejercicio que se encuentra hoy totalmente en desuso: pensar por uno mismo. El hecho de que los libros que más estimulan la imaginación, la reflexión y el conocimiento sean condenados a los rincones se debe a que no existen lectores capaces de hacer diferencias: lo que abunda son los zombis creados por las telecracias.

Un monumento

Hoy, si uno camina por la Bebelplatz (antigua Plaza de la Ópera) en Berlín, se encontrará con el monumento que recuerda la destrucción de los libros en 1933. No ha sido la única en la centuria pasada, por supuesto, pero sí la más dramática en cuanto presagió el crimen de millones de judíos. Los tribunales inquisidores, los déspotas, las ideologías impuestas han sido comunes a lo largo de la historia, pero ninguna otra quema de libros se recuerda tanto como la impulsada por los nacionalsocialistas y su ministro de propaganda, Joseph Goebbels. Para terminar esta nota me gustaría recordar que el célebre escritor francés Louis-Ferdinand Céline escribió un par de obras antisemitas en los años treinta: *Bagatelas para una masacre* y *La escuela de los cadáveres*. Al respecto George Steiner ha condenado a Céline y le desea una larga temporada en el infierno, sin embargo ha escrito que si en el terrible purgatorio existiera una mínima comodidad ésta sería para Céline: lo desprecia como antisemita, pero lo respeta en su oficio de escritor. Difícil camino tienen los humanistas, sobre todo en una época como la actual en la que casi todas las personas han realizado su propia quema de libros dejándolos de leer. •

GUILLERMO FADANELLI

Ciudad de México, 1964. Escritor. Sus libros más recientes son *Plegarias de un inquilino (Cal y Arena)* y *Educación a los topos y Malacara (Anagrama)*.